

tualidad de agobiar á Schwartzberg antes de que Blücher asomase, y quizá al mismo Blücher antes de que Bernadotte se le incorporara; pero para obtener estos dos resultados se necesitaba una exactitud y una rapidez en los movimientos sobradamente arduos con soldados cansados por las marchas continuas y por un temporal espantoso.

Al punto, esto es, el 12 de octubre á cosa de las diez y media de la mañana, hizo sus cálculos y dictó las órdenes consiguientes. Murat, que había visto el día 11 volver á empezar el movimiento ofensivo del ejército de Bohemia, podía emplear en replegarse sobre Leipsick todo el día 12, y defenderse allí el 13, el 14 y aún el 15, con los socorros que le iban á llegar sucesivamente. Con efecto, Marmont, ya trasladado á Dolitzsch, no estaba separado de Leipsick más que por una marcha; despachándole inmediatamente la orden de trasladarse á dicho punto, debía llegar allí el 12 por la noche y á más tardar el 13 por la mañana. Unido este refuerzo de veinticinco mil hombres, inclusa la caballería, al de Augereau, cuya llegada se anunciaba, proporcionaría á Murat para el día 13 muy cerca de noventa mil hombres. Manteniéndose en torno de Duben Latour-Maubourg y la guardia, podían replegarse allí durante el día para pasar el Mulda y encaminarse á Leipsick. Si no se necesitara pasar por este único puente del Duben con inmensos convoyes de artillería y de bagajes, la guardia y Latour-Maubourg hubieran podido estar al otro lado del Mulda aquella misma noche, y tener hecha sobre Leipsick una marcha, lo cual les permitiera llegar allí la noche siguiente. Contando la guardia treinta y ocho mil hombres de todas armas, después de las fatigas que acababan de sufrirse, y Latour-Maubourg seis mil jinetes, á pesar de ser los efectivos sobre el papel muy superiores, sumaban cuarenta y cuatro mil hombres que el 13 por la noche ó el 14 por la mañana iban á reforzar la reunión de Murat, á elevarla á ciento treinta y cuatro mil combatientes, y á formar un muro impenetrable entre el ejército de Silesia y el de Bohemia. Quedaban Bertrand cerca de Wartemburgo, ocupado en arruinar las obras de Blücher, y Macdonald enviado á los alrededores de Wittemberg, para apoyar á Reynier y á Dombrowski. Conducidos Bertrand y Macdonald á Duben el 13 de octubre, podían estar en Leipsick el 14 por la noche y lo más tarde el 15, y elevar de este modo á ciento sesenta mil hombres el grande ejército que se formaba en aquel punto. Finalmente, Dombrowski con cinco mil hombres, Reynier con quince mil, Sebastiani con cuatro mil caballos, fueron enviados más allá del Elba para destruir hasta Barby todos los puentes de este río, y Ney con quince mil hombres estuvo encargado de apoderarse de los del Mulda, para alejar definitivamente al ejército del Norte, que parecía resuelto á mantenerse más allá del Elba. Treinta y ocho ó treinta y nueve mil hombres sumaban todos, que, llevados á Leipsick, debían elevar la concentración general de nuestras fuerzas á un total de doscientos mil combatientes. En la posición concéntrica donde estos doscientos mil combatientes se iban á hallar en medio de los ejércitos coligados, había de sobrar para dar una batalla, que sería formidable sin duda, pero que podía ser venturosa, aun cuando sumasen trescientos mil y más los enemigos, cosa muy posible.

Napoleón despachó sus órdenes á las diez y media á las diversas masas que se debían reunir en Leipsick, debiendo emprender la marcha Marmont desde Dolitzsch, la guardia y Latour-Maubourg desde Duben, Bertrand y Macdonald desde las cercanías de Wittemberg. Por lo que hace á la última porción de treinta y ocho mil hombres, empeñados los unos más allá del Elba por Wittemberg y los otros más allá del Mulda por Dessau, calculó Napoleón que, aun llevándolos á Duben al otro día, no podrían pasar allí el puente del Mulda á causa de la aglomeración de hombres y de material; de consiguiente dejólos dar cima á la tarea que les estaba confiada. Teniendo razones para suponer que el ejército del Norte había vuelto á pasar el Elba, quiso ponerle fuera de juego del todo, no dejándole medio alguno de cruzar el río. Por tanto prescribió á Reynier, á Dombrowski y á Sebastiani que terminaran cuanto antes la operación de que estaban encargados contra los puentes de Roslau, de Acken, de Barby, y á Ney que se apoderara de los de Dessau, y á todos, en fin, que nada omitieran para quitar á Bernadotte, á quien se suponía más allá del Elba, la facultad de pasarlo de nuevo.

Así con estas órdenes tan profundamente calculadas proveyó á todo, en cuanto es lícito á la previsión humana. De esta suerte al día siguiente, 13 de octubre, iba á tener Murat en Leipsick noventa mil hombres, y ciento treinta y cuatro mil el 14, con la persona de Napoleón, lo cual imposibilitaba toda incorporación de las masas enemigas. Por último, en los días 15 y 16, el grande ejército, elevado sucesivamente á doscientos mil hombres, se iba á hallar situado con todas sus fuerzas entre los ejércitos coligados. No restaba más que batirse con denuedo y con fortuna; que fuera con denuedo lo esperaba Napoleón fundadamente de sus soldados; que fuera con fortuna lo esperaba también de su genio y de ella.

Resolvió esperar en Duben hasta la ejecución de las órdenes que había dado. Efectivamente, importaba poco su presencia en Leipsick mientras no estuviesen reunidas allí sus tropas, y por el contrario en Duben vigilaba el desfile de sus cuerpos de ejército y la realización de las providencias prescritas para desembarazarse de Bernadotte, que parecía siempre trasladado á la orilla derecha del Elba. Durante este día 12, habiendo cruzado por Wittemberg dicho río Dombrowski y Reynier, precedidos de la caballería de Sebastiani, ahuyentaron por delante á los prusianos, y aun cogieron algunos prisioneros á la división de Thumen, que siempre había formado parte de las fuerzas de Bernadotte. Nueva razón era ésta para tener por segura la vuelta del ejército del Norte á la orilla derecha del Elba. Dombrowski y Reynier torcieron en seguida á la izquierda para destruir el puente de Roslau, y tropezaron con las tropas del general Hirschseld, pertenecientes de igual modo al ejército del Norte. No siguieron más abajo, porque al parecer había allí reunidas fuerzas considerables. Al mismo tiempo, operando Ney sobre el Mulda, apoderóse de los puentes de Dessau, situados muy cerca de la confluencia del Mulda y del Elba. Un poco antes de Dessau y hacia la derecha, esto es, en Worlitz, se hallaba un destacamento enemigo. Sobre Worlitz dirigió Ney la caballería del general Fournier

con algunas tropas de infantería del tercer cuerpo, y con el resto de éste se precipitó sobre Dessau mismo. De pronto fueron arrollados los enemigos hacia el puente, donde la infantería y la caballería se refugiaron en confusión espantosa. Allí se cogieron unos mil prisioneros y muchas piezas de artillería. En esto, acometido también con vigor sumo el destacamento prusiano que ocupaba á Worlitz, fué arrollado hacia Dessau ya poseído por nosotros, cogido entre dos fuegos y capturado ó acuchillado por la caballería del general Fournier. Estos lances costaron al enemigo cerca de tres mil hombres y no escaso número de bocas de fuego. Las tropas allí encontradas eran las del cuerpo de Tauenzien, que, sin pertenecer á Bernadotte, había servido habitualmente bajo su mando. Al parecer replegóse hacia el Elba. No se empeñó el mariscal Ney á más distancia, prescribiéndole sus instrucciones que estuviera pronto á retroceder camino.

Estos diversos encuentros confirmaban del todo la suposición de que el ejército del Norte se había quedado á la derecha del Elba, porque la división de Thumen, el cuerpo del general Hirschseld y el de Tauenzien no habían dejado de pertenecerle. Lo más verosímil era que se mantenía junto al Elba para cubrir á la capital de Prusia, mientras el ejército de Silesia, habiéndose trasladado del Mulda al Saale, para operar su movimiento al amparo de los ríos, se remontaba hacia Halle y Leipsick á fin de juntarse al ejército de Bohemia. Dada esta hipótesis, había sin duda que explicar muchas contradicciones, pues no se comprendía por qué á costa de los mayores peligros se habían unido los ejércitos de Silesia y del Norte y pasado el Elba para separarse en seguida, ni por qué Blücher no había ido simplemente á incorporarse al príncipe de Schwartzberg por entre la Bohemia, en vez de andar el inmenso rodeo de Bautzen á Dessau, de Dessau á Leipsick. Pero no era esta la primera vez que se había visto á los generales coligados ejecutar maniobras extrañas, y corroborando todos los reconocimientos la separación de los dos ejércitos de Silesia y del Norte, fuerza era rendirse ante unánimes testimonios. De consiguiente se tuvo por cierto que habría que venir á las manos con Schwartzberg reforzado por Blücher tan sólo, en el caso de que éste lograra juntarse al generalísimo por entre las masas de la hueste francesa.

Estas apariencias fueron confirmadas nuevamente el 13 de octubre por los reconocimientos practicados en todas direcciones, y así Napoleón persistió en la opinión que había formado, y que además nada importaba con relación á las medidas que debían tomarse, porque en todos los casos convenía la reconcentración en torno de Leipsick, y operada cuanto antes y lo más completamente posible. Habiendo remontado Marmont con la caballería del general Deferge el Mulda, entre el brazo principal y el pequeño brazo que pasa por Dolitzsch, siguió de continuo paralelamente á las tropas de Blücher que efectuaban el propio movimiento á lo largo del Saale, y se encaminaban á Halle como nosotros á Leipsick. En la noche del 13 fué Marmont á establecerse detrás de Leipsick, en la posición de Breitenfeld que da frente al camino de Halle. Así estaba en posición de impedir que Blücher entrara en Leipsick. Murat se replegaba ordenadamente el mismo

día al lado opuesto de la ciudad misma y contenía al grande ejército del príncipe de Schwartzberg. Augereau, después de encontrar más allá de Weissenfels, no lejos de las llanuras de Lutzen, á las tropas ligeras de Lichtenstein y de Thielmann, atropellólas y les quitó dos mil hombres.

Acostumbrados los dragones de España á manejar el sable recto, hicieron gran matanza en la caballería enemiga. Augereau estaba á la misma entrada de Leipsick hacia Lindenau, lo cual presentaba un nuevo obstáculo á la incorporación de Blücher con Schwartzberg. Así el 13 por la noche ya estaban reunidos en Leipsick noventa mil hombres, de modo de interponerse entre las masas enemigas.

Sobre el camino de Duben el movimiento de concentración fué el mismo durante el día 13. Habiendo cruzado la guardia y Latour-Maubourg el día antes el puente del Mulda, á pesar de una aglomeración funesta, siguieron las huellas del mariscal Marmont y marcharon en el propio orden, cuidando de guardarse hacia el lado de Blücher de la caballería ligera. Bertrand y Macdonald se aproximaron á Duben, para cruzar allí el Mulda por la noche ó al día siguiente. Ney desanduvo camino de Dessau á Duben para cruzar detrás de ellos. Reynier, Dombrowski, Sebastiani, se volvieron hacia Wittemberg. No cesando la lluvia, se encontraban los caminos en el más deplorable estado, y por desgracia muchos soldados, harto jóvenes para tales fatigas, se rezagaban y obstruían los pasos. El gran cuartel general, compuesto de la corte de Sajonia, de los parques de ingenieros y de artillería y de los trenes de puente, lo cual sumaba por lo menos dos mil carros, siguió á Napoleón hasta Eylenburgo sobre el Mulda. Este cuartel general iba escoltado por cuatro mil hombres y formaba un convoy inmenso. Se hallaba á mitad de camino entre Leipsick y Torgau. Napoleón dispuso que todo lo perteneciente á la artillería se dirigiera sobre Leipsick, y que se encerrara en Torgau todo el resto. Se dejó libre á la corte de Sajonia para elegir entre Leipsick y Torgau. En Torgau tenía que temer un asedio y funestas enfermedades, en Leipsick una batalla. Pero guiada por una confianza instintiva en Napoleón, juzgó que se hallaría más segura á su lado, y optó por Leipsick á riesgo de asistir al más horrible conflicto que jamás se haya visto entre las naciones civilizadas. Por consiguiente este era un nuevo embarazo añadido á los otros en aquellos caminos atestados de gente y llenos de lodazales. Sobre el puente de Eylenburgo estuvieron á pique de venir á las manos los soldados del parque de artillería y los del tren de puente.

Después de velar toda la noche acerca de la ejecución de sus órdenes, se preparó Napoleón á partir en persona hacia Leipsick el 14 por la mañana. En el momento de su partida, una noticia adquirida por el mariscal Ney muy cerca del enemigo le puso en duda relativamente á la posición tomada por el ejército del Norte. Ya no parecía sobre la derecha del Elba, sino sobre la izquierda y detrás del bajo Saale, siempre muy solícito á evitar un encuentro con nosotros. De esta suerte se encontraba muy abajo de Blücher sobre el Saale y mucho más lejos de Leipsick que éste; pero mientras se remontara hacia Halle, esto es, hacia Leipsick, podía seguir su movimiento, aunque no fuese más que á larga

distancia, en cuyo caso era posible que también le tuviéramos encima, lo cual produciría que necesitaríamos pelear contra tres y no contra dos huestes. Sin embargo, hallándose Leipsick ocupado por nosotros, siempre quedaba un obstáculo muy difícil de superar entre ellos. Al recibir Napoleón esta última noticia, despachó nuevas órdenes á Reynier, á Dombrowski, á Ney, á Sebastiani, que tenían que andar más camino, y les recomendó que se dieran prisa, pues cuantos más contrarios se preveía hallar delante, más urgía se concentraran para hacerles cara. En seguida partió de Duben para entrar en Leipsick el mismo 14 por la noche. Al paso halló al rey de Sajonia, ya muy conmovido de cuanto presenciaba, le tranquilizó y le fascinó como tenía de costumbre con su vigor y su donaire, y se fué á apear al arrabal de Reudnitz, á media legua de Leipsick y hacia donde Murat se encontraba. Hospedóse en una casa particular que se le había preparado.

Allí se encontraba con Berthier, Murat, Marmont y diversos oficiales de su casa, y mostró una inmensa confianza á todos. Sin embargo, la posición no era tranquilizadora. Echando por largo podía contar á lo sumo en torno de Leipsick ciento noventa mil soldados, al par que juntaba doscientos mil ocho días antes y trescientos sesenta mil hacia dos meses. Veinte mil hombres le habían hecho perder en ocho días las marchas y los diversos choques, y treinta mil se hallaban paralizados en Dresde. Si Bernadotte se incorporaba á Blücher, podía tener que habérselas con trescientos veinte ó trescientos cincuenta mil hombres; lucha muy terrible para sostenida contra enemigos muy exaltados. Se iba á ver cercado y obstruido en cierto modo hacia el Este y el Sur de Leipsick por el ejército del príncipe de Schwartzberg, al Norte por los ejércitos de Blücher y de Bernadotte, y también quizá envuelto al Oeste y cortado de Maguncia, si Blücher por medio de las tropas ligeras de Thielmann conseguía alargar la mano á Schwartzberg por entre la llanura de Lutzen. Así esta situación era grave por extremo, aunque tuviera grandes recursos en la indomable bravura de sus soldados, en su genio y en la posición concéntrica, que le permitiría contener á los unos mientras peleaba contra los otros y aun vencerlos así sucesivamente. Por lo demás, no había cesado de esperarlo.

Los sucesos políticos de que le llegaban noticias eran harto tristes y propios á someter su carácter á una nueva prueba.

De súbito se había desmoronado el reino de Westfalia á la sola aparición de una tropa de cosacos. Fácil era de prever este accidente; pero no por esto dejaba de ser el golpe muy sensible y de siniestro agüero. Efectivamente, después de las batallas del Gross-Beeren y de Dennewitz, Bernadotte, llegado hasta el Elba, del cual había ocupado muchos puntos desde Wittemberg hasta Magdeburgo, tomando siempre á su cargo de buena voluntad las obras más crueles para Napoleón y más deshonrosas para él, complacióse en lanzar sobre el Hesse á Czernicheff al frente de alguna infantería ligera y de muchos cosacos, con el designio de derrocar el trono de Jerónimo. Estos corredores, mientras Thielmann y Lichtenstein invadían la Sajonia y la Thuringia, se apresuraron á invadir el Hesse y á trasladarse á Cassel, donde no podía menos de producir gran sensa-

ción el derrocamiento de una de las dinastías que Napoleón había fundado. Favorecidos por dondequiera por la población toda, bien acogidos, bien informados, bien alimentados, llegaron á las puertas de Cassel sin dificultad alguna. Para defenderla no tenía el rey Jerónimo más que un batallón de granaderos, dos regimientos de coraceros westfalianos y además algunos húsares franceses. Estos últimos acababan de ser formados para suministrarle una guardia segura, y debían ascender á mil doscientos. Pero apenas sumaban todavía setecientos ú ochocientos, recientemente llegados de Francia, y muchos de ellos ni eran aún capaces de tenerse á caballo. A la aproximación de los partidarios de Czernicheff todos los ánimos se conmovieron vivamente, y casi les sublevó la esperanza de desembarazarse entonces de una dinastía extranjera. Contenidas por la disciplina militar las tropas poco numerosas y westfalianas en su mayoría, se abstuvieron de manifestar sus sentimientos, bien que dejándolos adivinar fácilmente. Por tanto Jerónimo se encontraba en una situación horrorosa; no obstante arrojó la tempestad, dirigióse al duque de Valmy á Maguncia para obtener el socorro de tres ó cuatro mil franceses, entretanto procuró hacer una salida á la cabeza de su batallón de granaderos, y de cuatrocientos húsares franceses cogidos entre los que sabían montar á caballo. Al principio fué esta salida venturosa, y los húsares franceses atacaron bizarramente al enemigo que se replegó por un momento. Pero creciendo dentro de Cassel la agitación de los ánimos en breve, desertando la mayor parte de las tropas westfalianas, y no permitiendo la grave situación de las cosas al duque de Valmy desprenderse de tres mil franceses sin una orden formal de Napoleón, vióse obligado el rey Jerónimo á abandonar su capital y retirarse á Coblenza. De este modo entró Czernicheff en Hesse el 30 de septiembre, y quedó abolido el reino de Westfalia.

A estas noticias siguióse otra no menos funesta. Baviera estaba á punto de abandonarnos, y hasta se llegaba al extremo de esparcir el rumor de que ya había firmado un tratado de adhesión á la coalición europea. A la verdad nos tenía predispuestos á un suceso de esta clase. No cesando el monarca de quejársenos de estar entregado á sus propias fuerzas, dijo y repitió que su ejército situado á las márgenes del Inn y bajo el mando del general de Wrede no podía resistir al ejército austriaco; que si no se le enviaba inmediatamente un cuerpo de treinta mil hombres, se vería en la necesidad de ceder á las intimaciones de las potencias coligadas, al mal espíritu de sus tropas y á la opinión unánime de su pueblo. Nuestro ministro, Mr. Mercy d'Argenteau, que se portaba en Munich con mucho celo y suma prudencia, no pudo responder á estas quejas más que con promesas siempre desmentidas por los hechos, y muchas veces avisó á Mr. de Basano del peligro que nos amenazaba por esta parte. La marcha del mariscal Augereau hacia Leipsick fué la señal de la defección, y cedió Baviera, firmando un tratado de alianza con nuestros enemigos. De resultas, para el caso de que nos viésemos obligados á retirarnos, debíamos contar que á nuestras espaldas hallaríamos un ejército de treinta mil austriacos y de treinta mil bávaros dispuestos á cerrarnos la retirada. Así convenía que en Leipsick quedáramos

victoriosos á toda costa, bajo pena de un desastre, no ya más trágico, sino más irremediable que el de Moscou (1).

Esta situación, que parecía tomar un aspecto más siniestro de hora en hora, no se ocultaba á Napoleón

(1) Los tristes aduladores, que contribuyeron á perder á Napoleón durante su reinado, y que después de su caída han comprometido más de una vez su memoria, atribuyen todos los desastres que señalaron el fin de la campaña de 1813 á la defección de Baviera. A su decir Napoleón sucumbió porque volvió sobre Leipsick en lugar de descender sobre Magdeburgo y Hamburgo, á fin de tomar posición junto al bajo Elba. Al sostenerlo así prueban que no han conocido la parte más importante de los documentos de entonces, ni interpretado según su verdadero sentido los documentos que tuvieron ante los ojos. No volvió Napoleón de Duben á Leipsick por causa de la defección de Baviera, pues fuera motivo muy liviano para un capitán de su talla; según hemos referido, volvió para quedar siempre interpuesto entre el ejército de Bohemia y los ejércitos de Silesia y del Norte, y no podía lograrlo más que trasladándose á Leipsick antes de que Blücher llegara á este punto. Aparte de estas razones, que son de simple buen sentido, en las mismas cartas de Napoleón existen otras de hecho é invencibles. De determinación mudó renunciando al movimiento sobre Leipsick el día 12 por la mañana: ahora bien, aún no conocía el día 13 la defección de la Baviera, pues, contando á Mr. de Basano el arresto del secretario de Mr. Pozzo di Borgo y su conversación con este secretario, le dijo que los coligados contaban mucho con Baviera, sin que á pesar de todo estuvieran seguros de haberla atraído á su causa. Por tanto Napoleón aún ignoraba el día 13 lo acontecido en Baviera, y sus órdenes para marchar sobre Leipsick fueron expedidas el 12 de octubre. Además, por la correspondencia diplomática de Mr. Mercy d'Argenteau está comprobado que este ministro no conoció hasta el 9 de octubre el tratado firmado en Munich el día antes, y que fueron interceptados y no llegaron á manos de Napoleón los despachos en que comunicaba esta noticia. Aun no ocurriendo semejante contratiempo, como para llegar al grande ejército debían ir los tales despachos hasta Francfort y Maguncia, á causa del estado de las comunicaciones, no se recibieron en Duben antes del 12 de octubre. Estos son hechos positivos é incontestables. Aún no se tenían el 14 en Leipsick más que rumores vagos, procedentes de los coligados, que sabían lo acontecido entre ellos y Baviera, y lo divulgaban con la alegría que experimentaban de resultas. De suerte que Napoleón no se pudo trasladar á Leipsick á causa de la defección de la Baviera, ignorándola del todo. Para esparcir esta falsedad ha servido de fundamento un aserto del *Moniteur* de aquella época, donde se supone que Napoleón se vió obligado á volver sobre Leipsick á consecuencia de la defección de la Baviera. Por las pruebas recién alegadas se adquiere la convicción de que el aserto es radicalmente falso. Pero véase ahora el motivo que tuvo Napoleón para disimular la verdad en tal coyuntura. Buscando para el público una explicación palpable de la maniobra que le atrajo sobre Leipsick, y cuyo resultado vino á ser tan desastroso, imaginó la razón de la defección de la Baviera que era de bulto para los ignorantes, y que le servía para ocultar lo que se podía creer una falta, al modo que respecto del año de 1812 imaginó lo de que el frío dió margen á nuestros infortunios, y respecto de Kulma lo de que Vandamme se separó de sus instrucciones. Pero, justificándose Napoleón de esta manera con los ignorantes, se calumniaba á los ojos de las gentes de luces. Si en realidad era cierto que el camino de Maguncia se iba á cerrar por consecuencia de la defección de la Baviera, aquí había una razón más para descender sobre Magdeburgo y Hamburgo en vez de remontarse hacia Leipsick, puesto que así se asegurara el camino de Wessel, mucho mejor y aún expedito. Pero, desesperado Napoleón de conseguir que la masa del público comprendiera cómo se vió forzado á retornar sobre Leipsick después de las más sabias maniobras, adoptó un aserto especioso, al alcance de todo el mundo, y diólo entre las noticias oficiales á expensas de la verdad y de su propia gloria. Afortunadamente al cabo triunfa la verdad con el tiempo, pues hay personas que la aman y saben hallarla, y unas veces condena y otras hasta justifica á los que incurrieron en la torpeza de dejarla oculta. Con efecto, á menudo la verdad vale más para ellos que las mentiras que forjaron para justificarse. (N. del A.)

de ningún modo, si bien distaba mucho de perturbarle. La idea de ser vencido por los soldados y por los generales de la coalición no podía entrar en su cabeza. Batidos habían sido sus generales cuatro veces en esta campaña, y Napoleón nunca, ni en ésta ni en ninguna otra. Después de dar más de cincuenta batallas campales, cosa sin ejemplar en ningún capitán antiguo y moderno, no había perdido ni una sola. Sin duda hallaba á sus soldados muy jóvenes para las fatigas, pero nunca los había visto más valerosos: conocía su perspicacia prodigiosa, que tanta ventaja le daba sobre sus enemigos, al modo que se conoce la excelencia de la vista á fuerza de ejercitarla sobre los objetos; no dudaba, pues, de ganar una, y hasta dos y tres batallas. Su esperanza era vencer ante todo á Schwartzberg el primer día, luego á Blücher el segundo, y salir así de la especie de red en que se trataba de encerrarle. Sin embargo, su inferioridad numérica relativamente al enemigo le parecía de monta, pues no se podía lisonjear de reunir doscientos mil combatientes, y más de trescientos mil debían ser sus adversarios si lograban juntarse. Previendo la dificultad ésta, dispuso una cosa en que había pensado muchas veces, y fué la de colocar en dos filas en vez de tres la infantería. Manifestaba que la tercera fila no servía para los fuegos, ni para las cargas á la bayoneta, y no se quería confesar á sí propio que, si la tercera fila no servía para disparar los fusiles ni para cargar á la bayoneta, sostenía sin embargo á la primera y á la segunda, comunicábales solidez, y en una acción mortífera llenaba sus huecos. Pero en el presente apuro la cosa era buena para ensayada, ya que no para profesada.

Encerrado aquella noche en un cuarto donde se quemaba leña, según la costumbre alemana, y apoyado en una gran estufa, tuvo con Berthier, Murat, Marmont y varios de sus generales una conversación larga, familiar y significativa. Sostuvo la formación de la infantería en dos filas, y dijo que al menos para el día siguiente sería de grande efecto, pues daría al ejército francés la apariencia de ser una tercera parte más fuerte, ignorando el enemigo la nueva disposición que acababa de ser prescrita. Se disertó sobre este asunto, luego se habló de la posibilidad de calcular á golpe de ojo la fuerza de un ejército sobre terreno, y Napoleón afirmó que con su antigua experiencia no estaba seguro de no engañarse en una cuarta parte por lo menos. De pronto anuncióse á Augereau, á quien no había aún visto, pues apenas acababa de llegar este mariscal al cuartel general «¡Ah!, heos aquí, exclamó; llegad pues, mi viejo Augereau; os habéis hecho esperar mucho.» Luego sin acritud ni censura, antes bien con tono amistoso, pero triste, le dijo: «Ya no sois el Augereau de Castiglione.» «Sí, respondió el mariscal, aún seré el Augereau de Castiglione, con tal de que me deis los soldados de Italia.» Esta réplica no irritó á Napoleón, si bien insistió en lo mismo, quejándose de cierta especie de desaliento general en torno suyo. Por una inclinación harto común entre los hombres de atribuir sus desventuras de mejor grado á los demás que á sí propios, acusó á todo el mundo, bien que muy suavemente. Comenzó por sus hermanos, como si fueran exclusivamente culpables de lo que sucedía en sus Estados y no entrase él por nada en sus desdichas. Se quejó de Luis, que desde Suiza,

adonde se había retirado, le volvía á pedir la Holanda; de Jerónimo, que acababa de perder á Cassel; de José que acababa de perder la España. Luego añadió que su desgracia consistía en haber hecho demasiado por su familia; que su suegro el emperador Francisco se lo había echado más de una vez en cara, y que lo reconocía ahora, aunque ya tarde. «¿Vos mismo, dijo entonces Napoleón dirigiéndose á Murat con singular franqueza de lenguaje, si bien la hacía soportable la absoluta ausencia de acrimonia, no habéis estado á punto de abandonar-me?» Murat rechazó esta imputación de una manera rotunda, diciendo que siempre había tenido enemigos ocultos, aplicados á malquistarle con su cuñado. «Sí, sí, respondió Napoleón con un tono tan afirmativo que daba á entender á las claras que lo supo ó lo adivinó todo; habéis estado á punto de imitar al Austria, pero os perdono; sois bueno, tenéis un fondo de amistad hacia mi persona y sois un valiente; y sólo erré en elevaros á monarca. Si me limitara á hacerlos virrey como á Eugenio, hubierais seguido su conducta; pero en calidad de monarca, pensáis en vuestra corona más que en la mía. Estas verdades, suavizadas por el tono, conmoveron mucho á los presentes, y formaron el asunto de la conversación hasta muy avanzada la noche. Después, con cierta especie de resignación y con muestras afectuosas, despidió Napoleón á sus lugartenientes, diciéndoles que convenía que se prepararan á batirse bien todos, pues al día siguiente habría que apretar los puños, como que la próxima batalla decidiría de su suerte, de la de sus generales y de la de Francia.

Este triste recuerdo de lo pasado fué la única señal dada por Napoleón de sus sombríos presentimientos, pues por lo demás estaba reposado, tranquilo, resuelto como si las circunstancias fueran las mismas que precedieron á las jornadas de Austerlitz ó de Friedland (1).

A la mañana siguiente montó Napoleón á caballo desde muy temprano, á fin de inspeccionar el campo de batalla, no queriendo tomar la iniciativa de la acción á causa de haber quedado atrás algunos de sus cuerpos de tropas, y calculando que, de no tomarla personalmente, tampoco la tomaría el enemigo. Semejante cuidado era urgente, porque este campo de batalla, inmortalizado por nuestro denuedo y por nuestras desventuras, requería ser estudiado en su extensión inmensa para que con cabal conocimiento de los lugares pudiera Napoleón mandar hasta donde no se hallara en persona. Desde luego trasladóse al Sur de Leipsick, hacia el lado en que Murat se encontraba establecido al retirarse del ejército de Bohemia.

(1) No necesito repetir, después de haberlo dicho tantas veces, que sólo refiero las conversaciones de Napoleón cuando tengo la prueba auténtica de su perfecta exactitud; y sólo reproduzco ésta porque me parece de una singular significación en la víspera de la batalla de Leipsick. Ella prueba que ya nacía en el alma de Napoleón una tristeza confusa. Este conversacion tuvo un testigo, Mr. Jouanne, uno de los secretarios de confianza de Napoleón, hombre respetable y fidedigno que, hallándose para escribir ciertas órdenes dictadas por Napoleón, oyó la conversacion que acabamos de referir y la trasladó al papel en seguida. A tenor de este documento, conservado por Mr. Jouanne, he bosquejado la conversacion citada, resumiendo las cosas, y limitándome á darles la forma del estilo histórico, que no admite todas las familiaridades del lenguaje, y que para ser verdadero no necesita reproducir las expresiones soldadescas, al modo que lo pueden hacer las memorias particulares.

(N. del A.)

Así el Pleisse y el Elster como el Saale y el Mulda bajan de las montañas de Bohemia, cruzan toda la Saxonía, corriendo casi en la dirección misma, hasta que, separados ó confundidos, van á desaguar en el Elba, que los recoge al paso. Algo más arriba de Leipsick, el Pleisse y el Elster, bastante cercanos uno á otro, y divididos en una porción de brazos, acaban por juntarse más abajo de la ciudad aquélla; luego tuercen un poco á la izquierda, y desaguan en el Saale, con cuyo raudal corren hacia el Elba, siguiendo una dirección casi paralela al curso del Mulda. Véase, pues, cuál era el movimiento de las diversas huestes. Habiendo desembochado el príncipe de Schwartzberg de las montañas de Bohemia con el grande ejército de los tres soberanos, llegó á Leipsick bajando por entre el Mulda, el Pleisse y el Elster. Por el contrario, viniendo Napoleón á su encuentro desde el bajo Elba, remontó estos ríos hasta Leipsick mismo. El príncipe de Schwartzberg tenía su izquierda en el Pleisse y el Elster, y su derecha en las llanuras del alrededor de Leipsick con ligeros accidentes de terreno. Napoleón tenía su izquierda en estas mismas llanuras, y su derecha en los dos citados ríos. Fuertemente adherido á la ciudad y ocupándola perfectamente, pretendía mantener á Blücher y aún á Bernadotte enteramente separados de Schwartzberg. Con efecto, no pudiendo atravesar Blücher á Leipsick, estaba forzado á torcer á la derecha ó á la izquierda para unirse al grande ejército de Bohemia. Para torcer á su derecha necesitaba cruzar Blücher un obstáculo de gran importancia, el del Pleisse, el Elster y el Saale reunidos, cubriendo con sus mil brazos un valle atestado de matorrales, de una legua de anchura, y detrás del cual podía encontrar á los franceses, especialmente á Augereau, que avanzaba por el camino de Lutzen, después de batir á Platow y á Thielmann. Si por el contrario aspiraba á torcer á su izquierda, encontraría en la vasta llanura de Leipsick al ejército francés procedente de Duben, y se expondría á los mayores peligros. Por tanto, entre sus tropas y las de Schwartzberg tenía al ejército francés como una muralla. Bastaba, pues, que Napoleón contuviera á Schwartzberg al Sur de Leipsick y á Blücher al Norte, para impedir que se juntasen, y si conseguía batir al uno y caer después sobre el otro, posible era que triunfara alternativamente de ambos, sobre todo hallándose Bernadotte muy lejos, y no augurando nada su arribo. Sabiendo Napoleón que Schwartzberg se hallaba más cerca que otro alguno, con su ejército quería venir primeramente á las manos, reservando la lucha contra Blücher para el día siguiente.

Así empezó por el Sur su revista, esto es, por el campo de batalla, donde esperaba encontrar al príncipe de Schwartzberg. El Pleisse y el Elster, ya separados y ya confundidos, abarcando un ancho terreno, pantanoso y lleno de matorrales, corrían, según hemos dicho, de Bohemia á Leipsick, esto es, del Sur al Norte. Naturalmente Napoleón debía apoyar allí su derecha, como Schwartzberg su izquierda, y sólido era el apoyo, por no ser fácil el paso de los ríos. Además, después de cruzados, aún había que preparar á un terreno de bastante altura para desembocar en el llano de Leipsick por detrás de nuestra derecha. Napoleón tenía al frente por campo de batalla un terreno con pocos accidentes, y cuyos medios defensivos apenas formaban algunas

aldeas. Partiendo de Mark Kleeberg sobre el Pleisse, pasando por Wachau y yendo á terminar á Liebert-Wolkwitz, una ligera depresión del terreno, por donde corrían las aguas hasta el río citado, separaba nuestra línea de la del enemigo. Este valle, si se le puede dar semejante nombre, era el obstáculo de terreno que íbamos á disputar con encarnizamiento. Finalmente, á su izquierda tenía Napoleón la vasta llanura de Leipsick, sembrada de grandes aldeas y surcada apenas por un riachuelo, el Partha, que, naciendo á alguna distancia de Liebert-Wolkwitz, después de dar numerosos rodeos, iba á caer en el Pleisse detrás de nosotros por entre un arrabal de la ciudad. Hacia este lado casi carecía Napoleón de apoyo, pero la presencia de sus columnas procedentes de Duben debía contener al enemigo é impedir que se aventurara en este punto. Habiendo tomado Murat posición al Sur, estableció en Mark-Kleeberg á Poniatowski, en Wachau á Víctor, en Liebert-Wolkwitz á Lauristón, y en los huecos al 4.º cuerpo de caballería polaca, y al 5.º á las órdenes de Pajol y en el cual se habían refundido los dragones de España.

Al otro lado de esta especie de valle se descubría enfrente de nosotros á Kleist y Wittgenstein entre Gross-Posnau, Gulden-Gossa y Crobern, con los guardias rusos y prusianos por reservas. Parte del ejército austriaco se hallaba á nuestra derecha entre el Pleisse y el Elster, avanzando entre el ángulo formado por estos dos ríos y amenazando el puente de Dolitz, parte á nuestra izquierda, delante de un valle denominado de la Universidad, frente por frente de Liebert-Wolkwitz, y debiendo alargar más tarde la mano hacia Blücher por entre la llanura de Leipsick, si perdíamos terreno y lo ganaban los coligados.

Napoleón aprobó completamente la posición tomada por Murat. Resolvió defender energicamente la línea de Liebert-Wolkwitz á Wachau y Mark Kleeberg, duplicar los tres cuerpos de Murat con este objeto, situando á Augereau á la derecha cerca de Mark Kleeberg, á la guardia y la caballería de Latour-Maubourg hacia el centro en Wachau, y á Macdonald con la caballería de Sebastiani á la izquierda más allá del Liebert-Wolkwitz, con el objeto de estorbar que nuestra ala izquierda fuese rebasada, y aun de probar, según se verá en breve, á rebasar la derecha del enemigo. Avanzando los austriacos entre el Pleisse y el Elster sobre el puente de Dolitz, para no ser Napoleón rebasado por su derecha, situó allí á la brigada de Lefol, sacada de las tropas que formaban la guarnición de Leipsick. Después de los combates dados, de las marchas por entre el lodo, los cuerpos de Victor, de Lauristón, de Poniatowski, de Pajol, llevados por Murat, podían subir á treinta y ocho mil hombres, Augereau y Lefol á doce mil, la guardia á treinta y seis mil, Latour Maubourg á seis mil, Macdonald y Sebastiani á veintidós mil, que sumarían entre todos de ciento catorce á ciento quince mil hombres, opuestos á ciento sesenta mil contrarios. Pero, maniobrando perfectamente, batiéndose con energía, cosas ambas en que no había que poner duda, sirviéndose, por ejemplo, de algunos cuerpos de tropas, que habían quedado á las órdenes de Ney á la espalda, se podía reforzar á Macdonald con veinticinco ó treinta mil hombres, y caer en masa por la izquierda sobre la derecha de Schwartzberg, y precipitarle en el Pleisse de resul-

tas. Efectivamente, este era el proyecto de Napoleón, si los cuerpos á la sazón en marcha no se hacían indispensables contra Blücher y Bernadotte hacia el Norte.

Acabada esta inspección del terreno, y ya decididas todas las disposiciones, volvió Napoleón al arrabal de Reudnitz por la izquierda. Acto continuo recorrió las márgenes del riachuelo Partha, que, según hemos dicho, arrasta su escaso caudal por una cavidad de terreno apenas perceptible, y pasando por Taucha y Scholffen y hacia el arrabal de Halle. Si la concentración se efectuaba más de cerca, algo detrás de nuestra izquierda se podía presentar un nuevo campo de batalla; pero no había que ocuparse de tal cosa, no osando aún el enemigo asomar por aquel punto y no teniendo nosotros que poner allí más que caballería.

No bastaba con haberlo prevenido todo para resistir al grande ejército de Bohemia; se necesitaba pensar asimismo en hacer cara á Blücher, debiéndose esperar que apareciera por el Norte de Leipsick de un instante á otro. Por fortuna, cruzando el Partha, se hallaba hacia este lado una posición bastante ventajosa, extendiéndose de la aldea de Mockern á la de Enteritzsch, obstruyendo el camino de Halle á Leipsick, y presentando un terreno ancho, elevado, apoyado á la una parte en el Pleisse y el Elster, á la otra en un gran barranco, y donde un cuerpo de tropas se podía desplegar con holgura, dominando al enemigo que llegara de Halle en gran manera. Para el caso de que fuera forzoso abandonar esta posición, se tenía el recurso de replegarse detrás del Partha, é irse á apoyar en Leipsick delante del arrabal de Halle.

Allí había ido á situarse Marmont para combatir en caso de necesidad á Blücher, á quien no cesó de observar durante la marcha de nuestras tropas. Napoleón aprobó la posición que Marmont había tomado y recomendó que se mantuviese en ella; Ney, con Bertrand, Souham, Reynier, Dombrowski, retrasados todos por la destrucción de los puentes del Mulda y del Elba, se debía situar á la derecha de Marmont, replegándose á medida que llegara en torno de Leipsick, del Norte al Sur, y enlazándose con la izquierda de Murat por entre la llanura que riega el Partha. Llegadas estas últimas tropas, el círculo en torno de Leipsick quedaría enteramente cerrado.

Aún faltaba guardar bien la misma ciudad de Leipsick, y no solamente la ciudad, sino el camino real del Rhin, que, después de cruzar el Pleisse y el Elster por una larga serie de puentes, desembocaba por Lindenau en la llanura de Lutzen, é iba á pasar por Weissenfels, Erfurt y Maguncia. Indispensable era guardar especialmente el camino, porque formaba nuestra única línea de retirada, y porque, ocupándolo nosotros, impedíamos que Blücher y Schwartzberg se comunicaran entre sí por más allá del Pleisse y del Elster. En Leipsick dejó Napoleón á la división de Margarón, compuesta de las tropas en marcha, con encargo especial de defender los puentes del Pleisse y del Elster y la gran aldea de Lindenau, que forma el desemboque en la llanura de Lutzen. Con tal de que se defendiesen bien aquella aldea y la ciudad, bastaba que la llanura de Lutzen estuviera ocupada por algunas tropas ligeras que avisasen de lo que allí pasara, á fin de que se pudiera acudir á tiempo.